

país sin desarrollo industrial previo y bajo el bloqueo paranoide de la mayor potencia del capitalismo mundial, haya logrado construir en unos años un balance económico positivo, mejorando al mismo tiempo la salud de la población, generando productos y una base de patentes? Lage da varias respuestas posibles que podemos resumir de este modo:

Una sólida base de inversión previa en educación y salud. Una inversión específica en Biotecnología que deje atrás la orientación de corto plazo propia del mercado y se guíe por criterios socialistas; esto permite proteger los recursos humanos en periodos de dificultades económicas o mantener, por ejemplo, la inversión aun en periodos de crisis como el que siguió a la caída de la Unión Soviética. Una propiedad social de las instituciones que garantiza la integración librándolas de la trampa de competir unas contra otras. Un diseño de las instituciones como «centros de investigación-producción-comercialización» que abordan, por tanto, el ciclo completo de la investigación científica. La consideración del pueblo cubano no como cliente sino como dueño socialista de las instituciones. Y para terminar, aunque habría más puntos, el hecho de que en la biotecnología, como en otras industrias de la llamada «economía del conocimiento», la productividad dependa directamente de la creatividad de los trabajadores, y ésta, a su vez, de la motivación: «el éxito de la biotecnología cubana fue visto desde el principio», señala Lage, «como parte de la defensa del socialismo en Cuba».

A mediados de enero asistí en Madrid a un Encuentro con los Premios Nacionales de Investigación 2006. Dos de los cinco premios trabajaban en proyectos de algún modo subvencionados por Bill Gates. Joan Rodés Teixidor, investigador hepático involucrado en un proyecto sanitario en Mozambique financiado por la fundación Bill & Melinda Gates, comentó los anteriores fracasos de esta fundación en otros países de África debido a la incapacidad para hacer un seguimiento de las personas que habían sido tratadas. La solución encontrada iba a ser acudir al GPS para tener controlados a los enfermos. Por otro lado, el catedrático de economía Andreu Mas Colell se había referido a los experimentos económicos destinados a buscar soluciones para salir de la pobreza y al esfuerzo por encontrar experimentos naturales, experi-

mentos que no haya que producir sino sólo estudiar pues ya han ocurrido.

La labor de la medicina cubana en el exterior, que a la motivación económica de cada trabajador une la motivación de justicia volviendo innecesario recurrir al GPS para conocer a la población, no se nombró en aquel acto en ningún momento, como tampoco el experimento socialista que ha permitido a un país del llamado tercer mundo hacer ciencia en unos niveles que alcanzan y en muchas ocasiones superan a los llamados países desarrollados. Puede que no se aludiera a ello por razones ideológicas, o acaso por simple casualidad. Más que el motivo me importa ahora formular una pregunta anterior al poema de Auden, y a la declarada intencionalidad de Feynman. ¿Para qué queremos el conocimiento?, dice Auden. Para amar más la naturaleza, dice Feynman. O acaso también para transformarla en el sentido que dicten las construcciones morales con respecto a la voluntad de evitar el sufrimiento. Pero, en todo caso, la pregunta previa sería: ¿qué conocimiento científico queremos para qué? Y, del mismo modo, en cuanto a la literatura: ¿Qué conocimiento literario queremos para qué?

Aunque existen casos en que el conocimiento se encuentra por casualidad, lo habitual es que primero haya habido una intención. Si se pretende que los campesinos deban comprar las semillas cada año sin poder guardar las obtenidas en su cosecha, es probable que se encuentren tecnologías Terminator hechas para modificar genéticamente las plantas de tal manera que sus semillas se vuelvan estériles al momento de la cosecha. Pudiera además ocurrir que, en el camino, aparezcan tecnologías más benignas para la tierra o para los alimentos, pero sería raro. Y aun si se encontrasen, puesto que la pregunta original no era qué conocimiento necesito para amar más la naturaleza o para mejorar las condiciones de existencia, sino qué conocimiento necesito para vender más semillas, puede incluso suceder que lo casualmente encontrado pase inadvertido o se deseche. La apropiación privada de los excedentes productivos que son de todos, y su utilización como instrumento para ampliar los privilegios fácilmente generará un para qué ligado a esas «fechorías» que al decir de Fried estamos preparando.

Termino entonces con una hipótesis temeraria en relación a la literatura. Escritores y poetas han padecido a lo largo de la historia la condición de bufones de los poderosos. Y es posible que a la hora de idear sus obras su pregunta haya sido, fundamentalmente: qué conocimiento necesito para agradar al noble, al rey, al rico. En tal caso, tendría una cierta lógica que tantos relatos y poemas de la «alta literatura» hayan versado sobre la pasión sin freno, el barro, la fatalidad. Pues una visión del ser humano como criatura infame, desmesurada y a merced de implacables designios es, sin duda, la que más puede convenir a quienes someten a sus semejantes. Del mismo modo, cabría así comprender que aquellos escritores que buscaban agradar a las llamadas clases populares con relatos de «baja literatura», hayan construido criaturas tantas veces puras, inocentes e inmersas en un destino que en vez de zarandearlas con violencia, finalmente las premiaba. Y si a los segundos se les ha acusado con frecuencia de pintar los hechos de rosa sólo para agradar, habría que preguntarse hasta qué punto los primeros pintan los hechos un tanto oscuros o al menos eluden dirigir los ojos a lo claro también para agradar.

No todo es, lo sé, tan sencillo; hay grados, matices, combinaciones. Hay, como decía, una historia de la humanidad en la que los intentos de las colectividades por vivir libremente han sido arrasados una y otra vez. Sin embargo, esos intentos germinan de nuevo, ya sea en pequeños círculos, ya en colectividades de cientos de miles de personas. Es verdad, como también ha señalado Lage, que hace falta tiempo para «identificar sus regularidades por encima de lo anecdótico y capturar sus esencias», ahora bien: una cierta persistencia en el deseo de identificar esas regularidades y capturar esas esencias significaría, al menos, haber elegido una formulación distinta a la pregunta del para qué del conocimiento literario. «Tener tema es tener dinero», decía Baudelaire en el siglo XIX, o tener tema es tener protección podría haber dicho en siglos anteriores, o tener tema, diría hoy, es tener beneficio. Pero si nos mostramos de acuerdo con Feynman en que la ciencia y el arte pueden hacer, poco a poco, la vida –pero de quiénes– más bella, entonces la pregunta para los científicos, para los sociólogos, para los artistas, sería ¿qué tema, qué conocimiento,

qué imaginación queremos para lograrlo? La cuestión es que, si en el concepto de belleza incluimos, como es posible hacer, el de bondad, seguramente muy pocas personas estarían hoy de acuerdo con la afirmación de Feymann, y eso no deja, por cierto, de ser extraño ©